

En las publicaciones de este tipo corrientes en otros países tal vez no se acentúe de una manera tan sanguinaria el impacto sádico, pero en casi todas se usa el mismo lenguaje delirante y fantástico y se recurre a la apología de los puños y la astucia para simbolizar al héroe. A este fenómeno no es ajeno el creciente envilecimiento de las masas, el auge desafortunado de los deportes violentos y la expansión invasora de los estadios. Precedentes históricos nos demuestran en qué medida un envilecimiento colectivo es nefasto para el desarrollo de una sociedad, una civilización, una cultura. El ejemplo más acabado nos lo suministra la sociedad romana en la decadencia, donde la degradación alcanzó el paroxismo. También entonces, los símbolos que dominaban la psicología del mundo romano eran el poder y la fuerza. Las derivaciones más importantes de aquella psicología fueron también el sadismo en el circo y una sexología equívoca. Hoy sabemos que una sociedad así estructurada estaba condenada de antemano a morir en la abyección y a producir monstruos humanos como Nerón y Calígula. De un millón de habitantes que llegó a contar Roma bajo los antoninos, la mitad se dedicaba a pordiosear para comer y refocilarse en el circo. El circo terminó siendo el símbolo universal de la sociedad romana y no podemos dejar de establecer un parangón —salvando las distancias de rigor— entre aquel furor de espectáculo y el de las grandes multitudes de los estadios de nuestros días.

Paralelamente al inusitado éxito de esa literatura juvenil que tan magistralmente ha analizado Orwell, se desarrolla en todos los medios sociales del mundo occidental una actividad idónea en las historietas de los grandes rotativos. Un análisis previo del texto y la forma de esas historietas demuestran que el tipo medio de lector de esos rotativos no ha traspuesto mentalmente la edad infantil. También los principios de esta técnica partieron de Norteamérica. Desde la primera hoja impresa en aquel país, la "Carta de Noticias de Boston", en el siglo XVIII, hasta el imperio del trust Hearst, pasó mucha agua bajo los puentes. Al estallar la revolución tenían los EE. UU. unos cuarenta periódicos, pero muy pocos eran diarios y sólo a dos páginas. Al estallar la guerra de 1812 existían cuatrocientos, treinta de los cuales eran diarios. Hoy, 175 millones de ejemplares suministran en forma de comprimidos gráficos los estupefacientes "culturales" al pueblo norteamericano. Esa técnica ha rebasado las fronteras y se ha extendido a través de los océanos. La gran mayoría de los grandes diarios del mundo la ha adoptado. Se produce, pues, un proceso de nivelación cultural en sentido peyorativo. La afición creciente de las masas hacia ese tipo de literatura invalida en un alto porcentaje los intentos culturales serios. Si tomamos ejemplos estadísticos comprobados en las grandes ciudades del mundo la realidad resulta terriblemente desoladora. La conclusión final, como siempre, parece establecer un déficit palmario en contra de una técnica dehumanizada y aplicada sin moral alguna al proceso de degradación del hombre.

B. M.

(1) "Ensayos críticos", por George Orwell, Ed. 'Sur' — Bs. As.

"Misticismo y Lógica"

"Misticismo y lógica y otros ensayos" es el título de un volumen publicado últimamente por Editorial Paidós de Buenos Aires. Como todo libro de Russell, éste contiene ideas y sugerencias importantes sobre aspectos destacados del pensamiento, la filosofía y la conducta en la vida. El primero de

los ensayos de este libro estudia la actitud mística, contemplativa y negativa, y afirma que "sólo en maridaje con el mundo pueden fructificar nuestros ideales: divorciados de él, resultarán estériles. "Y el maridaje con el mundo no se logrará por medio de un ideal que retroceda ante el hecho o que de antemano exija que el mundo se acomode a sus deseos. Una actitud mística sólo tiene validez —según Russell— como condición moral o manra de ver los problemas del mundo. Pero esos problemas sólo pueden resolverse por un tipo de acción positiva.

Otra de las ideas más interesantes que pueden recogerse en este volumen y en el mismo ensayo es aquella que dice: "La razón es más bien una fuerza que armoniza y comprueba, no creadora". Esta conclusión intenta invalidar el pretendido conflicto entre intuición y razón, complementando ambas manifestaciones. "Aun en el dominio más puramente lógico, es la intuición la primera en descubrir la verdad", —añade Russell—, otorgando a la razón una función explicativa y confirmativa. La razón sería, en síntesis, la prueba justificativa de la verdad intuída.

Aun encontraremos, en este ensayo, otra sugerencia de mucha importancia. Se refiere a la pérdida de calidad intuitiva en el hombre civilizado y al desarrollo de su capacidad intelectual. Así se explica Russell: "En el hombre civilizado, el intelecto al igual que la capacidad artística, se han desarrollado a veces más allá del punto en que es útil para el individuo; la intuición, en cambio, parece disminuir en conjunto a medida que la civilización aumenta. Por lo general es mayor en los niños que en los adultos, en el hombre inculto que en el culto".

En otro de los ensayos de este libro descubrimos otro párrafo, referente a la educación clásica, que merece ser retenido. Es el que dice: "En toda educación puramente clásica hay un defecto que parece inherente a ella: carga demasiado exclusivamente el acento en el pasado. Al estudiar lo absolutamente terminado y no susceptible de ulterior remozamiento, se engendra un hábito de crítica hacia el presente y hacia el futuro". Esta actitud explica el recargamiento de crueldad en una buena parte de la literatura y la filosofía actual, incapaz de acometer los problemas de nuestro tiempo de manera directa y decidida. El autor censura esta postura con las siguientes palabras: "El horror que le inspira ese áspero contacto le hace retirarse a los primorosos jardines de un pasado culto, olvidando que también éstos fueron sacados del yermo por hombres tan rudos y tan vulgares como aquellos de quienes él se aparta ahora".

Podemos no estar de acuerdo con la filosofía contenida en otro de los ensayos titulado: "El culto de un hombre libre". No por eso dejaremos de admirar el estado de espíritu que conduce a afirmar la condición más virtualmente cristiana de la resignación a la fuerza. La resignación, como la más alta virtud de la libertad, se nos antoja una abdicación a priori de uno de los más sagrados derechos humanos. Una posición estoica ante lo irremediable es defendible, tanto como la actitud prometéica. Pero hay en ésta más fuerza creadora, un impulso mayor de dignificación. La resignación termina la mayoría de las veces en el más estrafalario quietismo y en las más negativas declinaciones. Es una actitud únicamente válida para los místicos poseídos del fuego religioso. Sin la esperanza de una vida superior más allá de este mundo habitado por los hombres, la resignación ante la fuerza cobra el aspecto de una renunciación a vivir.

B. M.

"Misticismo y Lógica y otros ensayos", por Bertrand Russell. — Ed. Paidós. — Buenos Aires.